

¡VIVA VALLE!

Ha traído cosas muy misteriosas
Don Ramón María del Valle Inclán.
R. D.

QUEM nos hubiera dicho, hace veinticinco años, a la muerte del setentón Valle Inclán, que aquellos obreros que en su mayoría nunca llegaron a la escena y en las que por lo común desvelo dramático y agónico desde el año 20 (Divejas palabras) hasta el 30 (Martes de carnaval) hubieran de constituir el más suculento y más original acortado dramático de la historia del siglo XX? Tantos números hubo que verter, tantos convencionalismos que corrieron por la escena con aplauso, para el fin reduccionista y a retorcida donde había más verdad que en los adonados Linares Rivas los rosados Alarcón los increíbles Echegaray, y vate Quintero, los trececientos Echegaray, y vate Quintero, los archiucinos Martínez Sierra. En este panorama mísero sólo se salvaron las obras monofónicas, casi novelescas, de Pier Galdós, la gracia populista de los sainetes (Arriches y Cia.) y las últimas obras de Federico García Lorca.

Pero por encima de todos ellos, persistiendo en una batalla postuma rabiosa, inextinguible, y entre tantas luces artísticas, hoy debemos poner a don Ramón María del Valle Inclán. Viendo hace unos días en Buenos Aires las Divinas palabras de protagonista María Casares, que sigue línea a línea la hondura, la verdad y la expresación de esa imagen auténtica del pueblo español; viendo ahora la algarabía grotesca de los muñecos de Roberto Fontana en movimiento con el equipo del Club de Teatro, empujándose a una tensión de cuerda que revienta; leyendo de nuevo a bobotonos, su Betula de la avareza, la bajura, el amor, su Tablado de marionetas para educación de príncipes, sus comedias bábaras y su Martes de carnaval, me he adentrado, con júbilo, y con un íntimo sufrimiento, en una aventura profunda del arte español (de un arte vivo porque está amasado con seres vivos y dramáticos) que recorramos en Gaevedo recuperamos violentamente en Goya nos lucían en Beldá, de su plena expresión dramática en Valle Inclán.

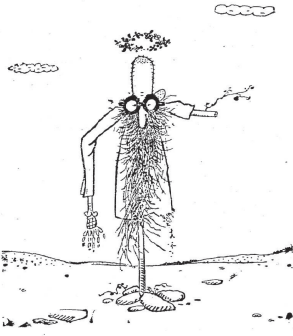
QUE furia de español desvelado por la miseria y el giro que su patria le dio a este creador! En el diálogo disparatado de Max y Don Latino, de Luces de bohemia está explicado todo su arte esperpéntico: "Los héroes clásicos reflejados en los espejos del Espectro, del Espectro. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada. España es una deformación grotesca de la civilización europea. Llamada deformamos la expresión en el mismo estilo que nos deforma las caras, y toda la vida miserable de España". Los principales creadores de España han de ser deformados hasta la desproporción, porque sólo a través de esa imagen que nos devuelve los espejos cóncavos, pudieron entender la miseria y la grandeza entera de la vida, y de la vida a la abstracción. La vida se entablaba sobre la ternura, el deseo transformado en pitoresca verbal. Viendo en el Prado, la serie de cuadros abutancos que Goya pintó para sí solo ya viendo, en su Quinta del Sordo, a sus grotescos retratos populares que nada tienen que ver con aquellos cartones populistas para uso de aristócratas de su juventud, se piensa en Valle Inclán ("los ultrajes son una fórmula: el esperpéntico lo ha inventado Goya") y viendo y oyendo la historia macabra de esos desposados que se disputan la posesión de un cartón que se transmite a un niño monstrosito, no por caridad familiar, sino por codicia, porque el idiota rinde sus buenos dineros al hijo de la feria en feria, enseñando sus órganos vitales y haciendo beber hasta que revienta entre la algarabía de todos y termina comiendo por los cerdos, se piensa en Goya. (Divinas palabras).

Y también viendo la distorsionada historia de esta prostituta que replica a su padre muere de un día para el día y a ocultar su deshonra, y cuya carta se leida en medio del protibulo por Juanillo, el soldado vultoso de Cuba que se viste con las "galas" de un príncipe, robadas en el cementerio. Murdo atroz donde lo suhine es siempre ridículo, mundo antihéroe por deformación, o mundo donde el frenesí erótico arrastra la tragedia como un sombra oblitada, en esa Salomé de tablado andaluz que con intención de valentón trans la muerte del joven italiano, quien ha transformado en mero chan-

taje de dineros la muerte de su madre. (La cabeza del bañista).

José Estruch, el introductor de Valle Inclán entre nosotros (es memorable su versión de Los cuernos de don Friolera) y que me acompañaba en la carpa de FUT durante el ensayo general, reivindicaba su admiración por el teatro más lírico de Valle Inclán (es su espinado propósito montar "Voces de abril" y yo sin más creo que su más original concepción dramática está en los esperpentos por su sequedad expresiva, su barruquismo veraz, su tensión interior siempre en vilo.

ROBERTO FONTANA consiguió una bien esmerada línea de equipo del conjunto, en la que es, sin duda, su mayor dirección, la más inventiva, con un cierto dejo estruchiano por el uso desbordado de los "gags" escénicos. En vez de tomar por el camino de los espejos deformantes donde se apelmaza la soledad, eligió un mundo de claridades y de muñecos. Es un camino posible en la interpretación escénica de



DON RAMÓN POR TONO SALAZAR

Valle, que el propio autor ha autorizado con sus constantes referencias a las "marionetas" y con su esquismatismo purgatorio, pero confieso preferir la visión más trágica. De León y Morosoff le pusieron un escenario con colores que gritan, con una alegría inventiva casi infantil y joca, y no necesariamente más Macha Grompone para entrar por cancha abierta a diseñar un vestuario disparatado, con soluciones abrazaedbrantes (la patrona de Nelly Gottiño, el sacristán y el barbero). Sólo un fondo luminoso (más que de claroscuro, caricaturesco (más que esperpéntico), alocado (más que trágico), Fontana diseñó con ingenio una algarabía: inventó dos bailarines (de carta de teatro y el teatro de Beldá) que sirvieron de unión a las escenas sueltas y permitieron los cambios (Richard Sosa pasó una coreografía joca sobre música de Lamarque. Pero, pero, pero, estos ultrajes resultan fuertemente largos); inventó diversas machietas como las muy rojocintas de Sobrino y de Zoraida Nebot y el desolante niño de la botica. Dos personajes sobrenadaban este desconcertado concierto: la "daifa" que hizo Rosa Mandelbaum y el Juanillo Ventolera de Justo Martínez, y ambos, aunque con momentos de general. Si bien la tragedia normalmente sobreviene — como en esta versión — en medio de las más altas claridades, hubiera preferido la concentración de luces contrastadas a que apuntan las acentuaciones de Valle Inclán. En este juego de muñecos, recién al final cuando la lectura de la carta avanza, tomamos conciencia de que de la carta avanza, tomamos conciencia de que con nuestros sentidos, que lo que les pasaba a ellos no parecía concernirnos, tiene que ver con nuestras vidas, donde la tragedia nos hace una mueca carnalesca.

La cabeza del bañista, es de otro orden estético. Persiste la brevedad epigramática del diálogo, la situación trizada, pero Valle Inclán aquí se somete a tres fórmulas de los Galdós — cómo no evocar pasajes de las So-

nas con su machabina crítica? — trabaja sobre líneas de constante intensificación, no sobre el entrecruzamiento suave y revulsivo de la percepción como en los esperpentos. Si la dirección de Fontana no alcanzó aquí la excelencia de la anterior, fue generosamente compensada por su interpretación. Logró cargar de vida, de trasfondo turbio, de pervasión y de comedia (aunque no de pasión erótica), a su viejo. En figura, en gesto, en intensidad sofrenada, conquistó la más alta temperatura, incluso por sobre la interpretación de Nelly Gottiño, quien sin cesar acentuó el pedaleo de su improvisada Lady Macbeth, y alcanzó en el final el tono rotundo que el autor reclama para su violenta pincelada. Santuario cumplió un trabajo correcto, sin fuerza, de tal modo que la concentración revirtió a la pareja. Hubiera gustado, en ella, una sensualidad animal más dislocada y un perverso, único caldo legitimo para el cultivo de esta tragedia. También aquí la ambientación, las músicas y las luces no concurren con suficiente precisión a crear el clima sensual, meridional, de la obra.

AMPOS estilos valencianescos se complementan, y el espectador se torna ineludible para quienes quieran conocer, en una versión que con todas las discrepancias enumeradas no desciende de su nivel creativo, a un dramaturgo catalán, que todavía resulta inédito. Al salir de Divinas palabras, en Buenos Aires, algunos jóvenes amigos, para quienes ese mundo era el de Buñuel, y nunca lo habían sospechado en Valle Inclán (un autor que está en los programas de literatura), preguntaban algo azorados por el resto de su obra. Quizás pueda haber bastantes jóvenes uruguayos que también descubran con este espectáculo un autor que resulta muy moderno, aunque sea muy antiguo, como en el verso rubeniano.